

Mario se acercó, cayó de rodillas prosternándose lentamente, cogió la punta del pie que salía por bajo del vestido; y la besó.

Ella se lo permitió sin dejar su silencio.

Hay momentos en que la mujer acepta como una diosa sombría y resignada la religión del amor.

—No llores,—dijo Mario.

Y ella murmuró:

—¡Qué he de hacer, si voy á marcharme y no puedes venir!

Y él respondió:

—¿Me amas?

Cosette le contestó sollozando esta frase del paraíso, que nunca es tan seductora como al través de las lágrimas:

—¡Te adoro!

El continuó con una entonación de voz, que no era sino una inexplicable caricia:

—No llores. Dí, ¿quieres hacerme el favor de no llorar por mí?

—¿Me amas?—dijo ella.

Mario le tomó la mano.

—Cosette, nunca he dado mi palabra de honor á nadie, porque mi palabra de honor me causa miedo; conozco que al darla está mi padre á mi lado. Pues bien; te doy mi palabra de honor sacratísima que, si te vas, me muero.

Había en el acento con que pronunció estas palabras una melancolía tan solemne y serena, que Cosette tembló. Sintió ese frío que produce al pasar una cosa sombría y verdadera, y sobrecogida por ello cesó de llorar.

—Ahora escucha,—dijo él;—no me esperes mañana.

—¿Por qué?

—Ni me esperes hasta pasado mañana.

—¡Oh! ¿por qué?

—Ya lo verás.

—¡Un día sin verte! Eso es imposible.

—Sacrifiquemos un día para obtener tal vez toda la vida.

Y Mario añadió á media voz, y aparte:

—Es un hombre que no cambia nunca sus costumbres, y no recibe á nadie más que de noche.

—¿De quién hablas?—preguntó Cosette.

—¡Yo! No he dicho nada.

—¿Qué esperas, entonces?

—Espérame hasta pasado mañana.

—¿Lo quieres?

—Sí, Cosette.

Cosette entonces le cogió la cabeza entre sus manos, alzándose sobre la punta de sus pies para igualar su estatura, tratando de ver en sus ojos la esperanza.

Mario continuó:

—Creo que conviene que sepas las señas de mi casa por lo que pueda suceder; vivo en casa de ese amigo, llamado Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16.

Metió la mano en el bolsillo, sacó un cortaplumas, y con la hoja escribió en el yeso de la pared:

“Calle de la Verrerie, 16”.

Cosette entre tanto había vuelto á contemplar sus ojos.

—Dime lo que piensas, Mario; tienes una idea. Dímelas. ¡Oh! ¡Dímela para que pase bien la noche!

—Mi pensamiento es éste: Es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

—¿Y qué haré yo hasta entonces?—dijo Cosette.—¡Tú estás libre, vas y vienes! ¡Qué felices sois los hombres! ¡Yo me quedo sola! ¡Oh! ¡Qué triste voy á estar! ¿Qué vas á hacer tú mañana por la noche? Dímelo.

—Voy á hacer una tentativa.

—En ese caso, rogaré á Dios y pensaré en tí hasta entonces para que salgas de ella en bien. No te pregunto más porque no quieres. Eres mi dueño. Pasaré la noche de mañana cantando el coro de “Euryanto”, que tanto te gusta, y que viniese á oír una noche debajo de mi ventana. Pero pasado mañana, ¿vendrás temprano? Te esperaré á la noche á las nueve en punto; te lo prevengo. ¡Dios mío! ¡Qué triste es esto de que los días sean tan largos! ¿Lo has oído? Al dar las nueve estaré en el jardín.

—Y yo también.

Y sin decir nada más, movidos por el mismo pensamiento, arrastrados por esas corrientes eléctricas que ponen á dos almas en comunicación continua, embriagados ambos de deleite hasta en su dolor mismo, cayeron uno en brazos del otro, sin notar que sus labios estaban juntos, mientras que sus ojos, llenos de éxtasis y de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando salió Mario, la calle estaba desierta. En aquel momento Eponina seguía á los bandidos hasta el boulevard.

Mientras que Mario meditaba, con la cabeza apoyada en el árbol, se le había ocurrido una idea; una idea ¡ah! que él mismo tenía por insensata é imposible.

Había tomado un partido violento.

VII

Un corazón viejo y un corazón joven colocados de frente.

El señor Guillenormand contaba á la sazón noventa y un años cumplidos. Seguía viviendo con la señorita Guillenormand en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en aquella casa antigua de su propiedad. Era, como recordará el lector, uno de esos viejos rancios que esperan la muerte á pie firme, que cargan con los años sin doblegarse, y que no se encorvan ni aún con los pesares.

Sin embargo, hacía ya algún tiempo que su hija decía: “Mi padre va decayendo”.

Ya no abofeteaba á las criadas; ya no golpeaba con el bastón, y con acompañamiento de voces, la puerta de la escalera cuando Vasco tardaba en abrirle.

La revolución de Julio apenas le había exasperado durante seis meses. Había visto casi sin inmutarse en el “Monitor” esta agrupación de palabras: “Humblot Conté, par de Francia”.

El hecho es que el viejo estaba abatido. No se doblegaba, no se rendía, porque esto era imposible, así en su naturaleza física como en la moral; pero se sentía desfallecer interiormente.

Hacia cuatro años que esperaba á Mario á pie firme, esta es la frase, con la convicción de que aquel picaruelo extraviado llamaría algún día á su puerta; pero en ciertos momentos tristes llegaba á decirse que por poco que Mario tardase en venir...

Y no era la muerte lo que temía, sino la idea de no ver más á su nieto.

No volver á ver á Mario era una idea que aún no había cuajado en su cerebro; esta idea, que empezaba á manifestarse, le dejaba helado.

La ausencia, como sucede siempre con los sentimientos naturales y verdaderos, sólo había conseguido aumentar su cariño de abuelo hacia el niño ingrato que se había marchado con tanta indiferencia.

En las noches de invierno, cuando el termómetro marca diez grados bajo cero, es cuando más se piensa en el sol.

El señor Guillenormand era, ó se creía por lo menos, incapaz de dar un paso hacia su nieto; "antes reventar", decía.

El no encontraba en sus hechos culpa ninguna; pero pensaba en Mario con profundo enternecimiento, y con la muda desesperación de un viejo que anda en las tinieblas.

Principiaba á perder los dientes, lo cual aumentaba su tristeza.

El señor Guillenormand, sin confesárselo á sí mismo, porque esta declaración le hubiera enfurecido y avergonzado, no había amado á ninguna querida tanto como á Mario.

Había mandado colocar en su cuarto, junto á la cabecera de la cama, como la primera cosa que quisiera ver al despertar, un antiguo retrato de su otra hija, la que había muerto, la señora de Pontmercy, retrato hecho cuando tenía ella dieciocho años.

Contemplaba sin cesar este retrato, llegando á decir un día contemplándolo:

—Encuentro que se le parece.

—¿A mi hermana?—dijo la señorita Guillenormand.—Sí, se parece.

El viejo añadió:

—Y á él también.

Otra vez, estando sentado juntas las rodillas y los ojos casi cerrados, en actitud de abatimiento, su hija se atrevió á decirle:

—Padre, ¿continuáis tan enfadado con él?

—¿Con quién?—preguntó él.

—Con ese pobre Mario.

El señor Guillenormand levantó su decaída cabeza, puso su delgado y arrugado puño sobre la mesa, y gritó con el acento más vibrante é irritado:

—¡Pobre Mario, dices! Ese caballerito es un tuno, un miserable bribón, un vanidoso ingrato, sin corazón, sin alma; un orgulloso, un perverso.

Y se volvió para que su hija no viese una lágrima que asomaba en sus ojos.

Tres días después rompió un silencio que duraba cuatro horas para decirle á su hija de repente:

—Tuve el honor de rogar á la señorita Guillenormand que no me hablase nunca de él.

La tía de Mario renunció á toda tentativa, y formó este diagnóstico profundo:

—Mi padre no ha querido nunca á mi hermana después de su calaverada. Es natural que deteste á mi sobrino.

"Después de su calaverada" significaba después de haberse casado con el coronel.



Por lo demás, como puede haberse conocido, la señorita Guillenormand había visto defraudada su tentativa de substituir con su favorito el oficial de lanceros á Mario.

El substituto Teódulo no había cuajado; el señor Guillenormand no había aceptado el "quid pro quo", porque el vacío del corazón no se acomoda á un alma cualquiera.

A Teódulo, por su parte, aunque codiciando la herencia, le repugnaba la servidumbre de agradar.

El buen hombre fastidiaba al lancero, y el lancero le chocaba al buen hombre. El teniente Teódulo era alegre sin duda, pero charlatán; frívolo, y luego vulgar; buen vividor, pero de mala sociedad; tenía también sus queridas, y hablaba mucho de ellas, es verdad; pero hablaba mal. Todas sus cualidades tenían un defecto.

El señor Guillenormand estaba ya harto de oírle hablar de sus aventuras afortunadas que le ocurrían al rededor de su cuartel en la calle de Babilonia. Y luego, el teniente Guillenormand se presentaba alguna que otra vez de uniforme con la escarapela tricolor.

Todo esto le hacía buenamente imposible; y el señor Guillenormand había acabado por decirle á su hija:

—Ya estoy cansado de Teódulo. Me gustan poco los guerreros en tiempo de paz. Recíbele tú, si quieres; no sé si preferir los acuchilladores á los que andan arrastrando el sable. El crujido de las espadas en la batalla es menos rastrero que el ruido que hace la vaina en el suelo. Además, gallardearse como un matasiete y apretarse el talle como una muchacha, gastar corsé debajo de la coraza, es ser doblemente ridículo. El que es hombre verdaderamente, está á igual distancia de la fanfarronada que de la puerilidad. Ni Fierabrás, ni corazón de almíbar. Guárdate tu Teódulo.

Su hija le contestó:

—Sin embargo, es vuestro nieto.

Sin embargo, Guillenormand, que era abuelazo hasta la punta de los dedos, dió á entender que no era en modo alguno tío abuelo.

En realidad, como tenía ingenio y comparaba, Teódulo sólo había servido para hacerle sentir más la falta de Mario.

Una noche, la del 4 de Junio, lo cual no impedía que el señor Guillenormand tuviera una buena lumbre en la chimenea, había despedido á su hija, que cosía en la pieza inmediata.

Estaba solo en su cuarto de pinturas pastoriles, con los pies sobre los morrillos, medio rodeado por un ancho biombo chinesco de nueve hojas, recostado en la mesa, sobre la cual había dos bujías con pantalla verde, sumergido en un sillón de tapicería, con un libro en la mano pero sin leer, y vestido, según su moda, de "increíble". Parecía un antiguo retrato de Garat.

Si hubiera salido con aquel traje á la calle, le habrían seguido los muchachos; pero su hija, cuando salía, le echaba encima un gran gabán de obispo, que cubría el frac de solapas y el faldón-cola de bacalao.

En su casa, excepto para levantarse y acostarse, no usaba nunca bata. "Eso le hace á uno parecer viejo", decía.

El señor Guillenormand pensaba en Mario amorosa y amargamente; y como de ordinario, dominaba la amargura. Su dolorosa ternura acababa por convertirse en indignación.

Se hallaba en esa situación en que se trata de tomar un partido y aceptar lo que mortifica.

Estaba ya dispuesto á decirse que no había razón para que Mario volviese; pues si hubiera debido volver lo habría hecho ya, y por consiguiente, era preciso renunciar á verle.

Trataba de familiarizarse con la idea de que todo había concluido, y que moriría sin ver "aquel caballerito".

Pero toda su naturaleza se rebelaba, y su vieja paternidad no podía consentirlo.

—¡Quiá!—decía,—¡no vendrá...!

Tal era su dolorosa muletilla.

Su cabeza calva había caído sobre su pecho, y fijaba vagamente en la ceniza de la chimenea una mirada triste é irritada.

Cuando estaba en lo más profundo de estas cavilaciones, su antiguo criado Vasco entró y preguntó:

—¿Puede el señor recibir al señorito Mario?

El viejo se incorporó pálido y semeando un cadáver que se levanta al impulso de una sacudida galvánica.

Toda su sangre había refluído á su corazón, y balbuceó:

—¿Qué señorito Mario?

—No sé,—respondió Vasco, intimidado y desconcertado por el aspecto de su amo.—Nicolasita es la que acaba de decirme: "ahí está un joven, que dice ser el señorito Mario".

El señor Guillenormand tartamudeó en voz baja:

—Que entre.

Y permaneció en la misma actitud, con la cabeza temblorosa y fija la vista en la puerta. Abrióse ésta, y apareció un joven; era Mario.

Mario se detuvo á la puerta, como esperando que le dijeran que entrase.

Su traje, casi miserable, apenas se notaba en la obscuridad que producía la pantalla. Sólo se distinguía su rostro tranquilo y grave, pero extrañamente triste.

El señor Guillenormand, como sobrecogido de estupor y de alegría, permaneció algunos instantes sin ver más que una claridad, como cuando se está delante de una aparición. Estaba próximo á desfallecer; veía á Mario como á través de un deslumbramiento.

Era él; era efectivamente Mario.

¡Por fin! ¡después de cuatro años!

Apoderóse de él, por así decirlo de repente y al primer golpe de vista. Le encontró hermoso, noble, distinguido, crecido, hecho un hombre, de agradable porte y aire simpático.

Tuvo intenciones de abrir los brazos, de llamarle, de precipitarse. Oprimióse de alegría su corazón; le ahogaban y rebotaban de su pecho palabras afectuosas.

Toda aquella ternura se abrió paso y llegó á sus labios, efecto del contraste que constituía su modo de ser, brotó de ellos la dulzura, y dijo bruscamente:

—¿A qué venís aquí?

Mario respondió con embarazo:

—Señor...

El señor Guillenormand hubiera querido que Mario se arrojase en sus brazos; así fué que quedó descontento de Mario y de sí mismo.

Conoció que había sido brusco, y que Mario estaba frío; y era para él una insoportable é irritante ansiedad sentirse tan tierno y tan conmovido en lo interior, y ser tan duro exteriormente.

Volvió á su amargura, é interrumpió á Mario con aspereza:

—Entonces, ¿á qué la visita?

Este “entonces” significaba: “Si no vienes á abrazarme, ¿á qué vienes?”

Mario miró á su abuelo, á quien su palidez daba el aspecto de un busto de mármol.

—Señor...

El viejo repuso con voz severa:

—¿Venís á pedirme perdón? ¿Habéis reconocido vuestra falta?

Creía con esto suponer á Mario en camino para que el “niño” se doblegase.

Mario tembló; le exigía la desobediencia á su padre; bajó los ojos y respondió:

—No, señor.

—Entonces,—exclamó impetuosamente el viejo con un dolor agudo y lleno de cólera,—¿qué me queréis?

Mario juntó las manos, dió un paso, y dijo con voz débil y temblorosa:

—Señor, tened compasión de mí.

Estas palabras conmovieron al señor Guillenormand; un momento antes le hubieran enternecido, pero era ya tarde.

El abuelo se levantó y apoyó las dos manos en el bastón; tenía los labios pálidos, la cabeza vacilante; pero su elevada estatura dominaba á Mario que estaba inclinado.

—¡Compasión de vos, señorito! ¡Un adolescente pidiéndole compasión á un anciano de noventa y un años! Vos entráis en la vida, y yo salgo de ella; vos vais al teatro, á los bailes, al café, al billar; tenéis talento, agradáis á las mujeres, sois un buen mozo, y yo escupo á la lumbre á mitad del verano; vos sois rico de las únicas riquezas positivas que existen, y yo tengo todas las pobreza de la vejez, la debilidad y el aislamiento. Vos tenéis treinta y dos dientes, un buen estómago, la vista clara, fuerza, apetito, salud, alegría, un bosque de cabellos negros, y yo no tengo siquiera cabellos blancos. He perdido los dientes, y voy perdiendo las piernas y la memoria; hay tres calles cuyos nombres confundo siempre: la calle Charlot, la calle de Chaume y la calle de Saint-Claude; así estoy. Vos tenéis delante un porvenir lleno de resplandor; yo empiezo á no ver gota, tanto voy penetrando en la noche. Vos estáis enamorado, no hay que decirlo; ¡á mí nadie me ama ya en el mundo! ¡Y venís implorando compasión! ¡Cáspita, Molière ha olvidado esta escena! Si es así como os chanceáis en el tribunal, señores abogados, os felicito cordialmente. Sois unos preciosísimos burlones.

Y el octogenario añadió luego con acento airado y grave:

—Vamos á ver, ¿qué es lo que me queréis?

—Señor,—dijo Mario,—sé que mi presencia os enoja; pero vengo solamente á pedir una cosa; después me iré en seguida.

—¡Sois un necio!—dijo el anciano.—¿Quién os dice que os vayáis?

Estas palabras eran la traducción de este tierno pensamiento, que tenía en el corazón: “¡Pero pídemelo perdón! ¡Ven á mis brazos!”

El señor Guillenormand conocía que Mario iba á abandonarle dentro de algunos instantes, que su mal recibimiento le entibiaba, que su dureza le rechazaba. Decíase todo esto, agrandando su dolor; pero, á medida que éste se cambiaba en cólera, iba aumentándose en dureza también.

Hubiera querido que Mario le comprendiese, y Mario no le comprendía, lo cual le ponía furioso.

Y repuso:

—¡Cómo! ¿Me habéis faltado á mí, á vuestro abuelo; habéis abandonado mi casa para iros que sé yo donde; habéis afligido á vuestra pobre tía; habéis querido, porque eso se adivina, y es más cómodo, llevar la vida de mozo, hacer el currutaco, volver á casa á cualquier hora, divertirlos; no habéis dado señales de vida; habéis contraído deudas sin decirme que las pague; habéis roto vidrios y os habéis hecho camorrista; y al cabo de cuatro años venís á mi casa, y no tenéis que decirme más que eso?

Este modo violento de empujar al joven hacia la ternura, no produjo sino el silencio de Mario.

El señor Guillenormand cruzó los brazos, movimiento que era en él particularmente imperioso, y apostrofó á Mario amargamente:

—Concluyamos. ¿Venís á pedirme algo? Decid. ¿Qué queréis? ¿Qué es ello? Hablad.

—Señor,—dijo Mario con la mirada de un hombre que conoce que va á caer en un precipicio,—vengo á pedir vuestro permiso para casarme.

El señor Guillenormand hizo sonar la campanilla y Vasco abrió la puerta.

—Decid á mi hija que venga.

Un segundo después volvióse á abrir la puerta, y la señorita Guillenormand no entró, pero se dejó ver.

Mario estaba de pie, mudo, con los brazos caídos; parecía un criminal.

El anciano iba y venía en todas direcciones por el cuarto. Volvióse hacia su hija, y la dijo:

—Nada; es Mario. Dadle los buenos días; el señorito se quiere casar. Ahí tenéis. Podéis ya retiraros.

La voz breve y ronca del anciano anunciaba una gran plenitud de ira.

La tía miró á Mario con aire extraviado, aparentando apenas conocerle; no hizo un gesto; ni pronunció una sílaba, y desapareció ante la voz de su padre, más veloz que una paja ante el huracán.

Entre tanto, el señor Guillenormand se había recostado sobre la chimenea.

—¡Casarse! ¡A los veintiún años! ¡Lo habéis así arreglado! No necesitáis más que pedirme permiso. Una formalidad. Sentaos, caballero. Ha pasado una revolución desde que no he tenido el honor de veros y han vencido los jacobinos. Estaréis muy contento. ¿No sois republicano desde que sois barón? Vosotros lo conciliáis esto fácilmente. La república sirve de salsa á la baronía. ¿Tenéis la condecoración de Julio? ¿Habéis tomado alguna parte en la toma del Louvre? Hay aquí cerca, en la calle de San Antonio, frente á la calle de Nonaindières, una bala rasa incrustada en la pared en el tercer piso de una casa, con esta inscripción: “28 de Julio de 1830.” Id á verla: produce buen efecto. ¡Ah! ¡Vuestros amigos hacen cosas muy lindas! Y á propósito: ¿No van á hacer ahora una fuente en el sitio del monumento del duque de Berry? ¿Con que, queréis casaros? ¿Con quién? ¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto: ¿con quién?

Y se detuvo; pero antes de que Mario tuviese tiempo de responder, añadió con violencia:

—¡Ah! ¿Tendréis ya una posición? ¿Una fortuna hecha? ¿Cuánto ganáis con vuestro oficio de abogado?